

Este vivir en vilo
Antología poética

De *Poemas de Trinidad*¹

¹ Recogemos en esta antología 3 de los 6 poemas que escribió el poeta en 1954 y que permanecieron inéditos durante muchos años. En 2023 fueron publicados en la antología *Florece en un abismo*. Describen el drama del exilio y las ausencias. Son críticos con la dictadura venezolana del momento y manifiestan el deseo del regreso y el reencuentro.

AL REGRESAR

ME LEVANTÉ y el país estaba helado.
No había cabida en él para nosotros.
Pero seguíamos cada uno a su aire
unidos a la tierra, esa fiebre.
Un viaje, no la desmemoria, destruyó
el encantamiento de tu dulce hospitalidad
al margen de las cruentas patrias
heredadas.

UNA MUJER

LO QUE ENCANTA las orillas
llega con una cayena² en su pelo.
Alguien entre las hojas la ve aparecer.
Ella modifica la tarde.

² Cayena: En Venezuela y la República Dominicana, planta con flores agradables a la vista, de color rojo o rosado. El término procede del tupí «*quiynha*», y del nombre de la capital de la Guayana francesa, Cayena, situada a algo más de mil kilómetros al este de la isla de Trinidad.

A Reina

ELLA ESPERA EN NUESTRO PAÍS. No cesa de descifrar
letras ambiguas.
Sus pasos casi no resuenan en esta noche,
y son tan militantes:
yo podría regresar a sus manos
si la arena no me sitiara.

Nos encontramos antes de saberme.
Entonces transitaba por yermos.
Tenía respuestas a mano.
Me poseía
una cartilla estéril.
Hoy sólo cuento con el enigma.

De *Una isla*³

³ En 1956, una amnistía decretada por Pérez Jiménez posibilitó la vuelta de Cadenas a Venezuela. En esa época escribió algunos de los poemas de este libro, el primero que consideró digno de ser publicado. Se trata de una serie de reflexiones sobre el pasado en Trinidad, en el que se comienza a indagar en los temas principales de toda la obra del venezolano, como las relaciones entre la realidad y la poesía, y la necesidad que tiene el hombre de establecer su lugar en el mundo y en el entorno en que se objetiva su existencia.

SI EL POEMA NO NACE, pero es real tu vida,
eres su encarnación.

Habitas
en su sombra inconquistable.

Te acompaña
diamante incumplido.

ESCRIBISTE: «Estos muros se hacen transparentes cuando te siento.

Mañana traigo los libros.

Te besa».

Mi libertad había nacido tras aquellas paredes. El calabozo núm. 3 se extendía como un amanecer. Su día era vasto.

El pobre carcelero se creía libre porque cerraba la reja, pero a través de ti yo era innumerable⁴.

⁴ La vida interior va a ser uno de los temas recurrentes en la poética del autor. En muchas ocasiones, la voz poética establece una lucha entre lo de fuera y lo de dentro, como parte del descubrimiento de sí y como camino para la recuperación del yo. En este caso, se trata de algo más que de superar la angustia provocada por la ausencia de libertad en la cárcel que precedió al exilio, ya que se celebra el triunfo del amor y el triunfo de la capacidad de decisión del ser humano por encima de los límites que impone el poder establecido: el protagonista de la escena se siente libre en su calabozo número 3 porque la presencia interior de la persona que lo complementa emerge de un modo más patente que la constancia pertinaz de las paredes de la celda.

MUELLE de enormes llamas

Navíos que viajan al sol,
música de tambores,
sales desencajadas,
niños desnudos,
marineros que descargan plátanos.
Ciudad de corazón de árbol, humedades
temblorosas, juncos que danzan.
La luz golpea mendigos,
divide el mundo en dos memorias.
Mi frente se hunde en la cesta del mediodía.
Soy latido, sonrisa, adoración⁵.

⁵ Ya en las primeras declaraciones poéticas, el autor se detiene en la contemplación de la belleza de la isla más que en la circunstancia del exilio forzado. La voz poética «se entrega a mirar el mundo» (Isava, 1990: 19).

TÚ QUE CAMINAS esta noche en la soledad de la calle, vas
llena de besos que no has dado.
Del amor ignoras la escritura prodigiosa.

Aunque no me conoces, en mi cuerpo tiembla el mismo
mar que en tus venas danza.
Recibe mis ojos milenarios, mi cuerpo repetido, el susurro
de mi arena.

LUMINOSAS BIENVENIDAS de la tierra.
Cielo plateado, subyugadas colinas, plantaciones
de coco, tren de nubes, olor de viandas.
Alfombra mágica de los labios.
Regia marcha. El camino está lleno
de palmeras grises.
Vamos hacia San Fernando⁶.
Recorreremos la ciudad de madera y su sortilegio
de vívida noche nos encantará.
Tú y yo solos e inmensos levantaremos nuestra rosa
a las tinieblas
arqueadas sobre un cigarrillo.
Las tinieblas dulces.

⁶ La ciudad de San Fernando se encuentra en la zona suroccidental de la isla de Trinidad. Es la segunda localidad más relevante del país, después de la capital, Puerto España. Desde finales del siglo XVIII destacó por sus plantaciones de azúcar. Más adelante llegó a tener la refinería de azúcar más grande del entorno occidental, y su economía se completó después con la industria del cacao y del petróleo, que siguen siendo hoy en día su principal fuente de ingresos y el pilar de su desarrollo.

RECUERDO el amanecer cuando muy lentamente las cosas
regresaban,
recuerdo el amanecer rodeando el puerto, su débil luz
que nos reunía separándonos,
recuerdo el amanecer cayendo sobre ti, sobre mí,
sobre el patio, la casa de madera, las cercas de zinc,
recuerdo el amanecer cuando se tendía en las cortinas,
las telas adheridas a su rastro, su masa amarilla
en tu voz adormilada,
recuerdo el amanecer en tu cabellera negra tumbada sobre
el lecho o bañándose de ti o dejándote su fragancia,
recuerdo el amanecer al levantarte, ir al mercado, hacer
el desayuno, su derrame en los jardines, las prendas
que traía.
Es otro el amanecer ahora.

Armada, la memoria salta de súbito para morder.

TE EXTIENDES, camino de arena, más suave que la memoria
de un ciego.

Salimos a recorrer la ciudad.

Tú te tiendes sobre una tibia hojarasca,

Más tarde me encuentras, tocas mi hombro y te vuelves
noche.

UNA URBE ÁSPERA sella mi boca.

Yo viajo a los espacios transparentes.

Connigo está tu chal de lana, el viejo fonógrafo que cuidabas tanto,

tus zarcillos con que ibas al mercado, tu pulsera de oro, la vajilla humilde.

El perro que nos despertaba pasa su hocico por mi lecho.

No es magia, sencillamente nada he olvidado a no ser que existo sin ti.

FUEGO BURLADOR DE CÓDIGOS. Encantamos la noche.
Nos posee el momento, nuestro anillo de boda.
Fuera de él sólo hay nombres.

*

Tus pies —raíces
de la iglesia
que se apoya
en mis ojos— calzan
un sol
de islas.

*

Aquí los días de los amantes tienen una lentitud
antigua
y sus bocas no se vuelven declinantes rescoldos.

*

Me despiertas, apagas las lámparas,
traes el día.

*

Me entregas olvido,
profundo olvido de terrores,
olvido anonadante,
olvido oscuro.

*

Aun la luz que sale al camino desde tu casa me
toca como un cuerpo.

*

La noche nos recibe en su gran recinto sólo cuando
todo recuerdo ha sido dejado en la puerta.

*

Nos miramos como quienes despiertan.
Estamos en un sitio que no sabemos nombrar.
Nos construimos sobre lo arrasado sin comprender
este auge.
Sólo déjame contemplarte, centro caoba del temblor.

*

Mujer, mi suelo, tan real.

*

Llegué.
Entonces el mundo corrió a ocultarse en tu cuerpo,
nos albergaron lugares que no existían
y manó el licor de los momentos perdidos.

*

Cómo disponías tu cuerpo bajo cúpulas lujuriosas
para la reanudación de la fábula.

*

Nadie presagiaba ciudades crueles.

I

TRISTES ANALES horadan las costas.
Días torturados en medio de una ebriedad.
Encantamiento que cubre una zozobra.
Me prolongo por veredas sangrantes como dilatado
resto de legión.

II

Me entrego a estas arenas donde el brillo rescata.
Aquí soy. Sin pensar.

III

Dones.
Lentos navíos sobre las aguas bruñidas.
Senderos que se esconden en el verdor.
Bungalows, y el acuerdo en la noche que nos
transporta.

IV

Verdes ilesos.
¿Sobrevive aquí el hondo designio?

V

En esta playa no me pregunto quién soy ni dudo
ni ando a tientas.
Claras potestades imperan aquí, ahuyentan ráfagas
de aniquilación, aúnan lo roto.
Inician.

VI

Rostros sumergidos reaparecen en la oscuridad
del cuarto.
Derrame de ayeres, dádiva inasible, náufragos.
Sin ellos me desprendo de mí.

VII

Lentitud sagrada. Hemos dejado pasar los días desde
un vasto olvido. Nos anegó la indolencia. Entregamos
las armas. El sitio duró poco.
Desheredados, el lugar se adueñó de nuestra historia.
La volvió espera.

VIII

La claridad rodea nuestro letargo. Una calma nos encuentra. Las
mareas tocan a nuestra puerta para despertarnos.
Juntos somos anteriores a nosotros.

Para que nuestros ojos sean claros hay exilios.

IX

¡Cuánto hemos andado!

Nuestros sentidos se enriquecieron con extrañas donaciones. Allí la tierra nos permitía ser.

Nuestra memoria, antes adueñada, dejó de escoltarnos.

X

Contemplo el desatado verde, la danza del mar frente a nuestra casa, la lluvia que lleva la miseria de la ciudad por pasadizos vegetales. Se aproxima la noche en Point Cumana⁷; aún permanece cierta luz, zumo de ocaso. Lejos resueñan barriles metálicos. Se oye un calipso en el follaje rey. No pienso. Se olvida aquí. Es magnífico.

⁷ En esta localidad, situada al noroeste de la isla, muy cerca de Puerto España, en la región de Diego Martín, residió Cadenas en algunas fases de su exilio. Es una zona más bien residencial, cercana a la bahía de San Pedro, destino turístico por la belleza de sus playas y sus paisajes, y por la tranquilidad de su entorno. En muchos de los poemas de *Una isla* se describe la placidez del lugar y la felicidad del que disfruta de sus costas.